

HISTORIA ORAL DEL COMPONENTE AEREO MALVINAS

ACLARACION DE www.radarmalvinas.com.ar

El siguiente es el relato del entonces Cabo Oscar Walter DORIA, perteneciente a la Red de Observadores del Aire, que se desempeñó en el POA Mike 5 durante el Conflicto de Malvinas

LA ODISEA DE MIKE 5

Copyright © Oscar Walter Doria



Publicado originalmente en *La Gaceta Malvinense* 13 de AVEGUEMA www.aveguema.org
El mismo está disponible en la Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina

LA ODISEA DE MIKE 5

El cerro Bombilla se encuentra a unos 25 kilómetros al este del estrecho de San Carlos. Entre él y Puerto Argentino, varias elevaciones impedían que los radares del Centro de Información y Control (CIC) detectaran aviones en vuelo bajo.

Esa *zona ciega* debió ser cubierta por el M-5, uno de los puestos de la Red de Observadores del Aire. Mike 5 era la identificación radial; sus hombres: Cabo Primero Ricardo González Ávalos, el Cabo Oscar Walter Doria y el Soldado clase 63 Héctor Chazarreta. Igual que el resto de los integrantes de la Red, estos abnegados combatientes vivieron y sufrieron la guerra ocultos en sus pequeñas carpas antárticas, enmascaradas con los elementos más inverosímiles. Siempre escasos de víveres y agua, su arma principal fue el equipo de radio para advertir al CIC de las incursiones de aviones enemigos que pasaban por su zona.

Luego del desembarco inglés en San Carlos, la tarea del M-5 se incrementó casi en la misma medida que el riesgo de mantener la posición. Pero la posición era clave y la presencia de los observadores, necesaria: los Harrier los sobrevolaban constantemente, los helicópteros trasladaban tropas en las inmediaciones, las fuerzas terrestres se aprestaban para atacar el istmo de Darwin... y el Mike 5, desde su platea preferencial observaba e informaba todo a Puerto Argentino.

Darwin cayó, las tropas iniciaron el avance hacia la capital isleña. En su camino, el cerro Bombilla se alzaba vigilante y algo debieron de haber descubierto los británicos pues, de pronto, el fuego naval los tuvo como blanco. Abandonaron la carpa y se refugiaron en un socavón de tierra; viviendo a la intemperie, racionaron aún más sus víveres, derritieron nieve para hacer agua, y siguieron transmitiendo los partes a Puerto Argentino.

Los días transcurrieron y la situación se complicó. Cuando les quedaba alimento para un día, pidieron ser evacuados. Lamentablemente, habían sido rebasados por el enemigo y estaban detrás de sus líneas: llegar hasta allí en helicóptero era casi imposible. Tomaron una decisión, replegarse caminando hasta las filas argentinas. González Ávalos ordenó destruir el equipo de radio y comenzaron la difícil marcha hacia Puerto Argentino.

A los pocos kilómetros, un riacho les cortó el camino. Imposibilitados para rodearlo, lo vadearon con el agua hasta la cintura. Empapados, ateridos de frío, vieron caer la tarde y la nieve. Primero fue una nevisca divertida después, un cruel obstáculo en la marcha. González Ávalos, gravemente afectado, pidió que lo abandonaran para no retrasar a sus compañeros. *¿Los gauchos abandonan a los amigos?*, preguntó Doria. Tantos días juntos en la dura soledad del Mike 5 había forjado la camaradería que sólo conoce el hombre en las situaciones extremas. Le quitaron el equipo y Doria lo cargó sobre sus hombros. Tambaleando, desencajando las piernas atrapadas hasta las rodillas por la nieve, siguió la marcha.

Un claro entre piedras les ofreció un precario cobijo. Allí decidieron pernoctar sin saber que una patrulla inglesa los venía siguiendo. Faltaba poco para el amanecer cuando reemprendieron la marcha, las fuerzas de Doria ya menguaban y Chazarreta compartió la tarea de llevar a González Ávalos. Así caminaron todo el día mientras la nieve seguía cayendo, sus copos disminuían la visión, el frío los acosaba y un sopor traicionero los invitaba a dormir. Al fin del día, otra noche a la intemperie no les brindó el descanso.

El nuevo amanecer los encontró con la incertidumbre de saber a qué distancia estaban sus líneas. La comida se había acabado y la nieve que ingerían para impedir la deshidratación les provocaba calambres en el estómago. Sintieron el ruido de un helicóptero que no sabían si era propio o enemigo. Avanzaron con precaución hacia un cerro que se levantaba en frente de ellos. La esperanza de encontrar a su gente les dio la fuerza para subir. Alcanzaron la cima; ilusionados, miraron la falda opuesta. Con una gran decepción comprobaron que no era Puerto Argentino, sino un caserío desconocido, evidentemente, controlado por las fuerzas inglesas.

El instinto les hizo preparar sus armas, pero sus cuerpos se negaban a seguir. Un tremendo esfuerzo de voluntad les permitió iniciar la retirada. En ese momento, voces en inglés los intimaron a detenerse, mientras un helicóptero aterrizaba con refuerzos. Los hombres del Mike 5 no podían seguir huyendo y se rindieron.

La salud de González Ávalos era muy delicada y fue el primero en ser atendido; luego, un helicóptero los trasladó al campo de prisioneros de San Carlos donde los interrogaron. Querían saber su actividad y las frecuencias de radio utilizadas. Nada contestaron y fueron llevados con los argentinos que habían defendido Darwin. Se encontraron con los integrantes de la base Cóndor y se presentaron a su jefe, el Vicecomodoro Wilson Pedrozo.

La odisea del Mike 5 terminó. González Ávalos, Doria y Chazarreta demostraron que no habían necesitado disparar armas ni luchar cuerpo a cuerpo para demostrar coraje en la batalla. Ellos se enfrentaron a enemigos más feroces que los gurkas. Con sus uniformes mojados, sin equipos apropiados,

combatieron al frío, a la nieve, al hambre y a la sed; y, mientras un resto de energía les quedó en el cuerpo, fielmente transmitieron sus partes de observación al CIC.